AÑO NUEVO

I.

Antes de pasar los umbrales del año que se nos viene encima, sería conveniente resolver una cuestión, siempre antigua y siempre moderna, que se ha suscitado, digámolos así, incidentalmente, nada menos que en el Parlamento.

Los términos del problema se ofrecen á nuestra consideración encerrados dentro del curioso espacio que hay siempre entre dos interrogaciones.

El secreto, pues, se nos acerca con cierta malicia burlona, y nos pregunta: ¿qué tiempos son mejores; los pasados ó los presentes?

La pregunta se descuelga con una oportunidad incontestable, porque á nadie se le oculta que nos encontramos á fin del año, y que convendría saber si nos conviene apechugar con el año que se acerca,

ó contratar de nuevo al año que se va, para servirnos de él otros doce meses por lo menos.

Demos una vuelta alrededor de la cuestión antes de entrar en ella, para que veamos dónde nos vamos á meter.

Si los tiempos pasados son mejores que los presentes, lo primero que se ocurre es pararse y ver si se puede volver atrás; pero si los tiempos presentes son mejores que los pasados, lo que se ocurre á primera vista es la conveniencia de no seguir adelante, para no derrochar en cuatro días el codiciado capital de estos preciosos tiempos.

Por este lado la averiguación es inútil, porque, ya de un modo, ya de otro, lo que parece más conveniente es echar pie á tierra y plantarse, como sabiamente hacen todas las mujeres que han cumplido treinta años.

No obstante, es preciso despejar la incógnita, porque urge saber si hemos sido unos sabios naciendo ahora, ó fuimos unos tontos no naciendo antes.

La primera observación que me tira de la levita es esta:

«Los tiempos pasados no han debido ser muy buenos, por la sencilla razón de que han durado muchos siglos, y todo el mundo sabe que lo bueno dura poco.»

Pero me sale al encuentro otra reflexión, y guiñándome el ojo con profunda malicia, me dice:

«Los tiempos presentes deben ser muy malos,

porque todo el mundo anda buscándoles salida, como si nos hubiéramos metido en un mal paso.»

Y es verdad: no hablaríamos tanto de lo que está por venir, si lo presente fuera á nuestros ojos siquiera medianamente bueno.

Si *mañana* es una esperanza, *hoy* debe ser una desgracia.

Al mismo tiempo, obsérvese la tristeza con que se descuelgan las siguientes palabras:

«La humanidad tiene que ser joven ó vieja: si es joven, no querrá pasar de la juventud; si es vieja, querrá volver á ella.»

«Cuanto más anda el hombre en la vida, más se acerca á la muerte; de manera que nuestra esperanza es el fin del mundo. Á pesar de esto, nadie quiere atrasarse; los que menos pedimos, deseamos siquiera salir del día.»

Es verdad que los tiempos pasados no hay por dónde agarrarlos; y esto es claro: si se hubieran podido coger, no se habrían ido.

Tomando el asunto desde su principio, vemos que nuestro padre Adán lo hizo todo lo peor posible, legándonos una herencia, cuya posesión nos cuesta sudores de muerte.

Y he ahí la primera operación de crédito que se hizo en el mundo: él realizó un empréstito que nosotros pagamos. Este es el principio de ese recurso con que se han enriquecido los Estados modernos, y que se llama Deuda pública.

Pero consideremos que si nosotros somos me-

jores que nuestros padres, hay una inicua injusticia en el orden de sucesión.

Yo pregunto: si fueron inferiores á nosotros, ¿por qué van delante?

Ó de otra manera: si somos mejores, ¿por qué vamos detrás de ellos?

¿Será que la especie humana ha empezado por el fin?

Yo me horrorizo cuando, desde el punto elevado de la historia en que nos encontramos, vuelvo la cabeza, y echo una ojeada hacia atrás.

¡Que bárbaros! En Sagunto y en Numancia se degüellan unos á otros por ser ó no ser ciudadanos de Roma ó de Cartago: ellos mismos incendian sus ciudades, para alumbrar el vuelo triunfante de las águilas romanas, y alfombran el camino por donde pasan las legiones invencibles, con la púrpura de su sangre.

¡Parece mentira! Siete siglos emplean en arrojar de España las huestes agarenas, y pasan siete generaciones estúpidas haciéndole la cruz á los moros.

Se les ocurre llamar Sabio al rey D. Alfonso porque tuvo la humorada de hacernos unas cuantas «Partidas» que aún no hemos podido olvidar.

¡Qué tiempos, santo Dios, serían aquellos en que era el modelo de los hombres ese brutal personaje que ha llegado hasta nosotros bajo el nombre de Cid!

¡Qué idea debía tenerse entonces del soldado, del súbdito y del hombre!

No comprendo qué interés pudo tener Isabel la Católica en venir al mundo en tan triste época.

¿Y qué debemos pensar de Cervantes? ¿Cómo pudo caber tan grande ingenio en tan estrechos tiempos?

¿Y antes? ¡Qué insentatos! Colón descubre la América, y Hernán Cortés conquista á Méjico.

Llega un tiempo en que nuestros padres, esclavizados, pierden hasta el derecho de dormir de noche, porque el sol no encuentra horizonte donde ponerse en los dominios de España.

Al fin se acerca el día en que esos tiempos van á pasar al sepulcro de la historia, y nuestros padres hacen su último esfuerzo y firman su testamento con esta rúbrica bárbara: Dos de Mayo.

¡Imbéciles! ¿Qué nos han dejado? Nada: la primera historia del mundo.

¡Qué tiempos! Nadie diría que habían de venir á desembocar en éstos.

Digámoslo con orgullo; no parecemos hijos de nuestros padres.

Los tiempos presentes, ¡qué diferencia! No tenemos el oprobio de Numancia ni de Sagunto; no en siete siglos, sino en siete meses, hemos arrojado á los moros, no de España, sino de Tetuán. ¡Las Partidas! Nosotros tenemos partidos. Nuestro Cid es más que un hombre, es un banquero. No hemos conquistado á Méjico, cierto, pero hemos adquirido á Santo Domingo.

Es preciso acabar de una vez con esa preocupa

ción que nos hace creer que «todo tiempo pasado fué mejor», porque en ese caso el progreso humano resultaría en razón inversa, y vendríamos á parar al absurdo inadmisible de que las últimas generaciones están condenadas á ir á la cola de la humanidad.

Somos mejores que nuestros padres; pero esto tiene una dificultad que merece pensarse.

¿Debemos declararnos incluseros para no cargar con la vergüenza de nuestro origen? Veamos.

En ese punto de vista, preciso es que nos detengamos antes de entrar en el año nuevo, para que el presente no deje de ser el mejor de los años. Está en nuestro interés y en nuestra dignidad.

Ahora comprendo la profunda sabiduría con que las mujeres se quitan años. Lo hacen como quien dice: «No tengo nada que ver con los tiempos pasados.»

Es una cuenta corriente, en la que toman tanto de lo que llega como dejan de lo que se va.

Las cosas, por una razón incontestable de adelanto, van siendo malas según se van alejando de nosotros: para ser buenos, es preciso que nos paremos.

Pensemos bien el caso crítico en que nos encontramos. Si seguimos adelante, vamos á comprometer todo lo que hemos ganado.

Si hemos conseguido llegar á ser mejores que nuestros padres, no debemos pasar de aquí, porque mañana seremos peores que nuestros hijos. Como padres, no podemos admitir semejante injuria.

—¿Qué quiere decir año nuevo?

—Quiere decir que el otro ya es viejo.

En tal situación, es imposible parar el carro, porque detenernos aquí sería tanto como no salir de la antigüedad.

Hay algo de precipitado en este viaje. Doce meses le bastan á un año para volverse viejo. No tenemos tiempo que perder: resolvamos la cuestión.

La cuestión sería difícil de resolver, si no estuviera ya resuelta: el año es nuevo, pero los días son viejos; los doce meses que se van son los mismos doce meses que vuelven.

Desde que se descubrió el Nuevo Mundo no hay nada nuevo.

La antigüedad se repite delante de nosotros como una vieja disfrazada de niña: todo lo ha dicho y todo lo ha hecho.

Con los sucesos ocurre lo mismo que con los hombres; vienen por generaciones, cambian de nombre, pero siempre son los mismos.

¿Qué es un hombre más que la repetición de otro?

Llamad á la Moda, y preguntadle. Ya sabéis que la Moda no es más que la novedad.

Pues bien: aquí tenéis una tela nueva; es de lana, por ejemplo, clara ú obscura.

Todos la vemos, y exclamamos: «¡Qué cosa tan nueva!»

Recapacitemos: la lana es una materia conocida desde el sexto día de la creación del mundo; los co-

lores son tan antiguos como la luz, y la obscuridad es anterior al sol; la tela más maravillosamente tejida se remonta á los tiempos de Penélope.

Veamos otra cosa nueva: aquí hay un sombrero acabado de hacer. ¡Qué alas! ¡Qué copa! Digámoslo francamente: las copas son tan antiguas como los árboles y las alas tan viejas como los cuervos.

Pero vengamos á la novedad más caprichosa: aquí tenéis un lazo admirable, verdaderamente nuevo. Todos caen en él, y ninguno cae en la cuenta.

Este lazo es una pobre imitación de aquel que Eva compró á la serpiente por un tesoro de inocencia: es el mismo en que Adán cayó.

La tienda misma, ¿qué tiene de nuevo?

Ella es una especie de paraíso; el comerciante una clase de serpiente; la mujer una continuación de Eva, y el hombre un pobre Adán.

El mundo es ya una vasta prendería, en que todo es viejo, hasta la misma juventud.

Lo único original que conocemos es el pecado, y cuenta ya seis mil años de fecha.

¡Año nuevo! No lo creáis; os engaña: seis mil veces ha pasado ya por la tierra: es el mismo de siempre.

II.

Al llegar el último día de Diciembre, no puede uno menos de pararse, tirar una línea por debajo del último minuto, y sumar.

La cantidad que arroja esa operación puede ser cualquiera de estas tres: un año, doce meses, ó trescientos sesenta y cinco días.

Esa cantidad puede anotarse, ó entre las ganancias ó entre las pérdidas.

El tiempo es una de las cosas que más fácilmente se gana y se pierde.

Ganar tiempo, es adelantarse á sí mismo.

Perder tiempo, es lo que hacen todas las mujeres que han pasado de cuarenta años.

Por una rareza incomprensible, cuanto más tiempo se pierde, más tiempo se tiene.

Hemos andado trescientos sesenta y cinco días minuto á minuto, sin descansar ni un momento: hemos comido andando; andando hemos dormido.

Si hubiéramos podido detenernos un momento, no nos encontraríamos ahora en el último instante de este año que se nos escapa.

El tiempo es un reloj cuyas agujas somos nosotros, que vamos siempre de hora en hora, de año en año.

Esta suma de meses se nos presenta de un golpe, y nos dice: «Un año más».

He aquí una noticia que sería verdaderamente agradable, si no quisiera decir: «Un año menos».

Tenemos á la vista un año que va á cumplirse, y que podemos sumar y restar á la vez, sin que sufra alteración la cantidad que buscamos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

Digan lo que quieran las matemáticas, esas viejas curiosas que todo lo averiguan, *más* es enteramente igual á *menos*.

Al ajustar la cuenta nos encontramos con que la fórmula es indiferente para la exactitud del cálculo.

Esto es muy curioso.

Un hombre emplea todo su tiempo en adquirir cuarenta años de vida, por ejemplo; se le ocurre un día hacer un arqueo sobre este capital tan penosamente ganado, y se encuentra con que los cuarenta años los tiene de menos.

Uno toma su partida de bautismo, cuenta los años, suma, y dice:

—Un año más de vida.

Otro hace la misma operación, y saca en limpio este resultado opuesto:

—Un año menos de vida.

En presencia de estos dos resultados, cualquiera, valiéndose de otra fórmula también matemática, dirá:

—Es igual.

Más, menos, igual.

He aquí tres términos que en la cuenta de la vida forman una combinación verdaderamente absurda.

El problema se plantea y se resuelve así:

Más, igual, menos.

Ó de otra manera, tal vez menos matemática, pero más gramatical:

Más es *igual* á *menos*.

He aquí por qué sobre el tiempo no se puede fundar cálculo ninguno.

La vida, aritméticamente considerada, es una unidad que la muerte reduce á cero.

Hay en las mujeres dos edades, cuya verdadera diferencia consiste en la diversa manera con que en cada una de ellas ajustan la cuenta de la vida.

A los doce años, todas las mujeres suman.

Á los treinta, todas las mujeres restan.

Por esta doble operación se ha llegado en el mundo á la felicidad de una juventud perpetua.

Con los años que se quitan las viejas se hacen mujeres las niñas; las últimas van detrás de las primeras recogiendo edad, que luego abandonan á las que les suceden.

Es posible que la vida sea un camino muy corto; pero yo lo que observo es que todos caen desfallecidos al llegar al término de ese camino.

Todo es misterioso en este asunto.

El afán de vivir no es más que el afán de dejar la vida.

Ajustada bien la cuenta, resulta que el tiempo es una inmensidad, de la que no puede disponer el hombre más que de un minuto.

Ese minuto en el que puede decir: vivo.

Para cada uno que nace se abre un libro de caja: el *Debe* se va llenando poco á poco, mientras el *Haber* permanece en blanco.

Llega la muerte, que es una especie de liquida-

ción, y entonces no hay más remedio que pagar la vida con la vida.

Es un depósito que devolvemos.

La sepultura es la caja donde entregamos el capital que se nos había confiado.

Hay, pues, en el fin de cada año algo que se parece al fin de la vida.

Viene á ser la época en que se cortan todas las cuentas. Sigamos liquidando.

Y he aquí que la prosperidad moderna ha descubierto un nuevo lazo entre los hombres.

Los vínculos del amor, á fuerza de estar tanto tiempo en ejercicio, se han relajado; la amistad es también demasiado antigua; la gratitud ha roto sus lazos; los más tiernos afectos no atan ya á nadie.

Por eso el gran vínculo que hoy une entre sí á los hombres es el vínculo de las deudas.

Se puede decir que vivimos sujetos unos á otros por el bolsillo.

De la nivelación ha resultado un terrible desnivel; la sociedad se ha fundido en estas dos clases: deudores y acreedores.

Deber es tener la seguridad de que hay por lo menos un hombre que no nos olvida: una deuda perpetua es un recuerdo eterno.

Las deudas vienen á ser el fausto de nuestros tiempos.

Hemos roto las trabas de tantos deberes, que ha sido preciso poner apresuradamente en práctica

el deber dinero. Aquí está el principio práctico de la moral universal.

Una deuda es además casi un adorno.

¿Quién no debe?

Hemos echado la cuenta de nuestra prosperidad, sumando lo que hay y lo que se debe: por eso hay tanto.

Cuando Dios hizo el mundo, no había nada que fuera menos que nada.

Cuando el hombre tropezó con la misteriosa serie de los números, nada encontró que fuera menos que cero.

La nada era el límite, la barrera insuperable puesta á todo, y el cero una especie de punto final colocado como término del discurso humano.

Ante esos dos obstáculos ha permanecido detenida la prosperidad pública por espacio de muchos siglos. ¡Qué atraso!

Empujados por la fuerza del progreso, hemos roto esos límites vergonzosos ante los que se hallaba suspensa la razón humana.

El mundo necesario para el desahogo de la grandeza moderna tenía que ser más espacioso, y hemos extendido nuestro dominio más allá de la nada, y hemos llevado nuestros cálculos más allá del cero.

El orden es éste:

El hombre que posee más ó menos riqueza, representa una cantidad.

El que no posee riqueza ninguna, es entre los hombres lo que el cero entre los guarismos.

El que debe, representa menos que cero tanto como debe.

La deuda está al otro lado de la nada; para deber es preciso estar *bajo cero*.

Donde creíamos que acababa el mundo, hemos encontrado que precisamente empieza otro mundo.

El mundo antiguo empezaba en los ricos y acababa en los pobres; ahora empieza en los que tienen y acaba en los que deben.

Todo lo que hemos andado puede medirse por la distancia que hay de pedir limosna á pedir prestado.

El que no tiene nada, es pobre; el que debe, es más pobre todavía.

En virtud de esto, todas las naciones están más allá de los que piden limosna.

Nuestra prosperidad no puede ser más pobre.

LA ESTATUA DE LA COMEDIA

He aquí un asunto que tiene su historia, y que esa historia debe ser esta:

Enfrente del Palacio de nuestros Reyes, en el centro de la elipse que da la forma de un medio punto á la plaza de Oriente, hay un magnífico teatro, hermoso por dentro, feo por fuera, rico en adornos, pobre en gusto; soberbia jaula donde todos los años vienen á cantar la gran música de Rossini, las inmortales melodías de Bellini y Donizzeti y los efectos musicales de Verdi, los más famosos canarios de Europa y los más hábiles y celebrados ruiseñores del mundo.

Este teatro se llama el teatro Real, y es todas las noches de función el centro artístico, novelero, murmurador, lujoso y elegante de todos los que cantan en la escena y de muchos que cantan en la mano.

Á la espalda de este teatro hay una plaza, ni

grande ni pequeña, ni fea ni bonita, que se llama la Plaza de Isabel II.

En esta plaza se concibió el proyecto de levantar una especie de terraza de asfalto, que, formando un cuadro en el centro, sirviera no sabemos para qué, pues sólo ahora caemos en la cuenta de que pudo ser como la intuición de un proyecto posterior, como el primer paso de un jardín futuro.

Ello es que el proyecto era diabólico, y que, por consiguiente, se puso al instante en ejecución.

El asfalto, pues, se extendió en forma de cuadro en el centro de la plaza, mientras el ayuntamiento pensaba otra cosa.

Este funesto betún con que á peso de oro se hicieron por algún tiempo intransitables las calles de Madrid, más desocupado que el ayuntamiento para pensar formalmente en los asuntos de policía urbana, comprendió al poco tiempo que su estancia en la Plaza de Isabel II no podía ser más que una triste interinidad.

Y condensando su pensamiento y amasando sus razones, convino al fin en que, geológica y políticamente hablando, no era más que un asfalto de transición.

En virtud de este convencimiento, se creyó autorizado á transformarse según los accidentes de la temperatura y de la atmósfera, sin duda con el fin de que, perdiéndose la memoria de que era asfalto, llegara un día en que alguien se tomara el trabajo de quitarlo de allí como á un estorbo.

Este asfalto se convertía durante las largas lluvias del invierno en una especie de mar Negro, donde no había chanclo que no naufragara; y bajo los ardientes rayos del sol de Junio, de Julio y Agosto, se convertía en una especie de mar Muerto, en el que no había bota que no se hundiera.

Nadie se atrevía á cruzarlo, aunque era imposible verlo sin hacerle la cruz.

Llegó al fin el día en que tan continuas reclamaciones encontraron eco en los sordos oídos de la municipalidad; y como á la vez se había formalizado en la cabeza del ayuntamiento la risueña idea de una cosa parecida á un jardín, el asfalto desapareció al cabo, como un borrón que se raspa.

Y, lo que era natural, sobre el caro vacío que dejó el asfalto, trazó el ayuntamiento las caras líneas de...., como si dijéramos, de un *parterre*.

Apareció sobre lo que fué asfalto una sombra verde como una esperanza de musgo, se levantaron algunas flores, apoyadas unas en otras en melancólicos grupos; se presentaron de la noche á la mañana algunos arbustos encogidos y tristes como los niños de la Inclusa, y se vieron colocados con estudiada simetría unos cuantos bancos rústicos, sin duda para que el transeunte desocupado pudiera sentarse á considerar lo pobre que es la naturaleza en medio del lujo de la corte.

Y esta consideración tomaba más bulto desde el momento en que se advertía que el pobre jardín se presentaba á los ojos más indiferentes como la

palma de una mano abierta que está pidiendo algo.

El ayuntamiento, perplejo, sin duda, entre darle una limosna ó encerrarlo en San Bernardino, después de estarlo pensando lo menos dos años, ha tenido la idea más feliz que pueda imaginarse, y la ocurrencia más desgraciada que ha pasado jamás por cabeza de ayuntamiento.

Es una idea que se divide naturalmente en dos partes, necesitándose de todo punto la segunda para comprender bien que la idea es de quien es, porque esa segunda parte es como la firma del autor.

Al ayuntamiento se le ocurrió, al cabo de dos años, no tan cortos como los del almanaque, la idea de colocar en el centro de ese, que, porque no quede anónimo, llamaremos jardín, una.... es preciso decirlo en dos tiempos.... una estatua.

¿No parece esto inverosímil? Pues ahora verán Vds. cómo puede ser verdad.

Concebido el buen pensamiento de levantar una estatua en el centro del jardín de la plaza de Isabel II, no se tenía más que la mitad del proyecto; faltaba elegir el personaje ó la idea que esta estatua había de representar.

Planteado así el problema sobre el terreno de la plaza de Isabel II, y teniendo delante el teatro Real, háganme Vds. el favor de echarse á discurrir.

.....

.....

Pero es inútil; darán Vds. mil vueltas; pasarán mil veces junto al secreto; lo tendrán otras mil en

las manos, y no caerán en la cuenta, porque no hay nada más difícil de averiguar que los ocultos designios de un ayuntamiento que se pasa la vida tendiendo casas y levantando calles para que Madrid no tenga ni calles ni casas.

La estatua que se ha levantado en medio del jardín de la plaza de Isabel II, delante del teatro Real...., cuesta trabajo decirlo: es la estatua de la musa de la Comedia.

La verdad es que no habiendo nada en su sitio, la estatua de la Comedia no tenía derecho á estar en el suyo; y bajo este punto de vista, es preciso confesar que el ayuntamiento ha comprendido el espíritu del siglo.

Siguiendo este orden, ahora que se está abriendo una plaza en la calla del Príncipe, delante del teatro Español, la estatua que se debe colocar en el centro de esa plaza es la de la musa del Baile.

Y siguiendo por este camino, delante de la casa de la Moneda se tendrá que colocar forzosamente, más tarde ó más temprano, una estatua que represente á la musa de la Música.

Aquí habría, hasta cierto punto, lógica de circunstancias; porque no hay melodía que conmueva tanto el corazón moderno como una sinfonía de monedas de oro.

En honor de la exactitud de los hechos, debemos decir que, por una combinación burlona de las cosas, la estatua de la Comedia y el teatro Real resultan colocados de una manera, que la disposición

en que se hallan hacen el efecto de una protesta.

La estatua está detrás del teatro Real, y el teatro Real detrás de la estatua: se dan recíprocamente la espalda, como dos enemigos: el teatro Real, como si no tuviera nada que ver con la estatua; la estatua, como si no quisiera ver al teatro Real.

Ahí están el teatro y la estatua bramando de verse juntos, diciendo con la triple voz de la piedra, del ladrillo y de la cal á todo el que tiene ojos y quiere oirlos: «¡Qué ayuntamiento!»

Así se comprende la bárbara intención del escultor que ha fabricado la base de la estatua, pues ha echado en ella toda la gravedad del ayuntamiento. Las bromas, ó pesadas, ó no gastarlas, y el escultor ha dicho: «Allá va la base», y ha levantado una masa de piedra pesada como un poste para sujetar á la tierra los pies de la estatua. Sin esta precaución, la estatua ya se habría fugado.

¡Y luego se dirá que la reacción ha mermado los poderes municipales! Sólo había una estatua que no debía ponerse en la plaza de Isabel II, y esa es la que se ha puesto. Dígase ahora si eso puede hacerlo nadie más que un ayuntamiento.

¿Y dónde pondremos la estatua de la municipalidad el día que queramos perpetuar su memoria, en justo homenaje á tan diabólica idea?

Es un dolor: no tenemos donde colocarla, porque si bien es verdad que hay casas de locos, también lo es que todavía no se ha pensado en establecer casas de tontos.

UN BILLETE PERSONAL

MAÑANA se verificará la apertura de la Exposición nacional de Bellas Artes.»

Así se divulgó la noticia, esparcida oficialmente por los billetes de invitación, que fueron de casa en casa y de persona en persona, anunciando este artístico suceso correspondiente al año 1862.

Ateniéndome al texto de la invitación, sospecho que los convidados habrían de llegar tarde al lugar de esta solemnidad, si no tuvieron antes la precaución de averiguar dónde se había decidido abrir en ese año la Exposición de Bellas Artes.

Particularmente, todo el mundo sabía cuál era el lugar elegido; pero, oficialmente, parece que era un secreto.

«S. M. la Reina (Q. D. G.) ha tenido á bien señalar el día 10 del corriente mes de Octubre para la apertura de la Exposición nacional de Bellas Artes.

»El ministro de Fomento tiene el honor de invitar á V. á este solemne acto, que se verificará á las tres de la tarde.

»Esta invitación es personal.

»Traje de rigurosa etiqueta.»

Oficialmente, no se sabe ni más ni menos.

V. es la persona que recibe esta invitación: en ella se le advierte el día, la hora, el traje, y lo que es más, se le advierte que la invitación es personal, por si acaso tuviera V. la fortuna ó la desgracia de no ser persona.

Sabe V., pues, que mañana 10 del corriente, á las tres de la tarde, hay una solemnidad en la que tiene V. un sitio.

Dispone V. para este caso y otros semejantes de tres piezas negras y dos blancas, á saber: un frac, un pantalón y un chaleco; una corbata y unos guantes.

Estas cinco cosas combinadas dan por total un traje de rigurosa etiqueta.

Tiene V. además completa seguridad de que es V. persona y se encuentra V. en la mano con un billete.

Mañana á las dos se viste V., á las tres menos cuarto está V. en la puerta de su casa abrochándose el segundo botón del segundo guante.

La calle en que V. vive, tiene dos direcciones contrarias; es decir, que, como todas las calles, va á un mismo tiempo á puntos distintos.

Para que la duda no quede en dos términos

opuestos solamente, en esa calle desembocan otras calles, que son otras tantas direcciones encontradas.

Aquí se siente V. asaltado por una perplejidad repentina.

V. sabe cómo ha de ir, á qué hora ha de ir; pero ignora dónde ha de ir.

El billete guarda sobre este punto un silencio profundo.

V. se da una palmada en la frente, que es la puerta adonde llamamos cuando las demás se nos presentan cerradas.

Si la frente fuera de piedra y la mano de acero, el choque de la frente y de la mano produciría siempre una chispa de luz; pero no son ni de piedra ni de acero, y V. se queda en la misma obscuridad en que estaba.

Aún le queda á V. otro recurso.

Puede V. encogerse de hombros.

Encogiéndose de hombros es como se puede salir por la estrecha puerta de cualquier apuro.

Á pesar de este último y supremo esfuerzo, todavía no sabe V. qué camino tomar.

La solemne apertura de la Exposición de Bellas Artes es para V. un hecho indudable, una verdad oficial; una cosa como la libertad, la justicia, la economía, la prosperidad, todo eso que es oficialmente indudable, y que aún no hemos podido encontrar en ninguna parte.

V. busca la Exposición de Bellas Artes, como

pudiera V. buscar á un amigo que no sabe dónde vive.

Pero seamos justos; el billete de invitación se ha reservado esa circunstancia para proporcionarle á V. una verdadera sorpresa.

¿Dónde dirá V. que se abre la Exposición de Bellas Artes? Échese V. á pensar.

La invitación no lo dice; se lo guarda como un secreto, como un misterio que quiere que V. averigüe.

Hay cosas que si no fueran verdad, no las creeríamos, y V. correría, uno por uno, todos los edificios públicos de Madrid buscando la Exposición, sin dar con ella.

Es muy posible que pasara V. por delante de la puerta, sin que se le ocurriera la sospecha de que allí pudiera estar.

Es lo mismo que si buscara V. en sí propio un sentimiento noble ó una idea delicada. ¿Qué haría V.?

Registraría todos los rincones de su cabeza, examinaría V. todas las profundidades de su corazón, pero no se le ocurriría meter la mano en los cajones de su gaveta.

¿Quiere V. saber dónde se abre la Exposición de Bellas Artes? Pues déjese V. guiar por su bolsillo.

La Exposición la encontrará V. en la Casa de la Moneda.

Esto es raro y natural.

Los contrasentidos suelen ser muy lógicos.

En ninguna parte se puede apreciar mejor el valor de una obra de arte que en la Casa de la Moneda.

Esto es lo mismo que haber puesto un cuadro en un peso.

El criterio universal es el dinero.

Al mismo tiempo, no deja de ser tierno el espectáculo.

La moneda abriendo las puertas de su casa á las Bellas Artes, es una reconciliación digna de estudio.

Por primera vez de su vida el dinero ha sido generoso.

Hay en esto algo simbólico.

La Casa de la Moneda es un bolsillo de piedra, y resulta que el dinero se ha metido á las Bellas Artes en el bolsillo.

La moneda no suele ir á las Exposiciones de Bellas Artes, porque el dinero tiene demasiado mundo para exponerse.

Era preciso reunir de algún modo el espíritu y la materia, el pensamiento y la moneda, el entendimiento y la riqueza.

Era preciso poner en comunicación el molde donde se vacían las monedas de cinco duros y los moldes en que se funden las obras de la inteligencia.

La dirección de Instrucción pública comprendió desde luego que en ninguna parte encontraría la Exposición más espacio que en la Casa de la Mone-

da; porque ella, que todo lo sabe, no podía ignorar que sólo el dinero es el que vive con desahogo.

Bien observadas las cosas, resulta que el dinero es un ciudadano que tiene casa, mientras que el arte es una especie de vago que no tendría ni aun donde exponerse, si la caridad de la moneda no le hubiera abierto las puertas de la suya.

Y no se crea que hay en esto ningún género de injusticia, porque el arte no necesita casa; pero ¡qué sería del dinero en medio de la calle!

Obsérvese además una cosa que salta á la vista: con el dinero todo el mundo vive; pero con el arte apenas pueden vivir los que lo ejercitan.

Convengamos, sin embargo, en que no ha podido elegirse un sitio mejor para la Exposición de Bellas Artes que la Casa de la Moneda.

Así, el que quiera comprar un cuadro, no tiene necesidad de ir á su casa por el dinero. Sea como quiera, allí lo tiene.

La *Exposición* en la Casa de la Moneda me hace el efecto de una llama entre la nieve, de una flor sobre un cadáver.

Extraña confusión es esta: el arte que todo lo siente, el dinero que todo lo calcula; el arte que todo lo anima, el dinero que todo lo hiela; el arte que brota del alma, el dinero que sale del bolsillo.

El que no sepa que la Exposición de Bellas Artes está en la Casa de la Moneda, es imposible que lo adivine.

Los billetes, al callar el sitio de la Exposición, parece que no quisieron exponerse á decir un desatino: guardaron silencio, como diciendo: «Nosotros tampoco lo sabemos.» Pero tan crasa ignorancia debió ser estudiada, porque los billetes no pueden negar que salieron de la Dirección de Estudios.